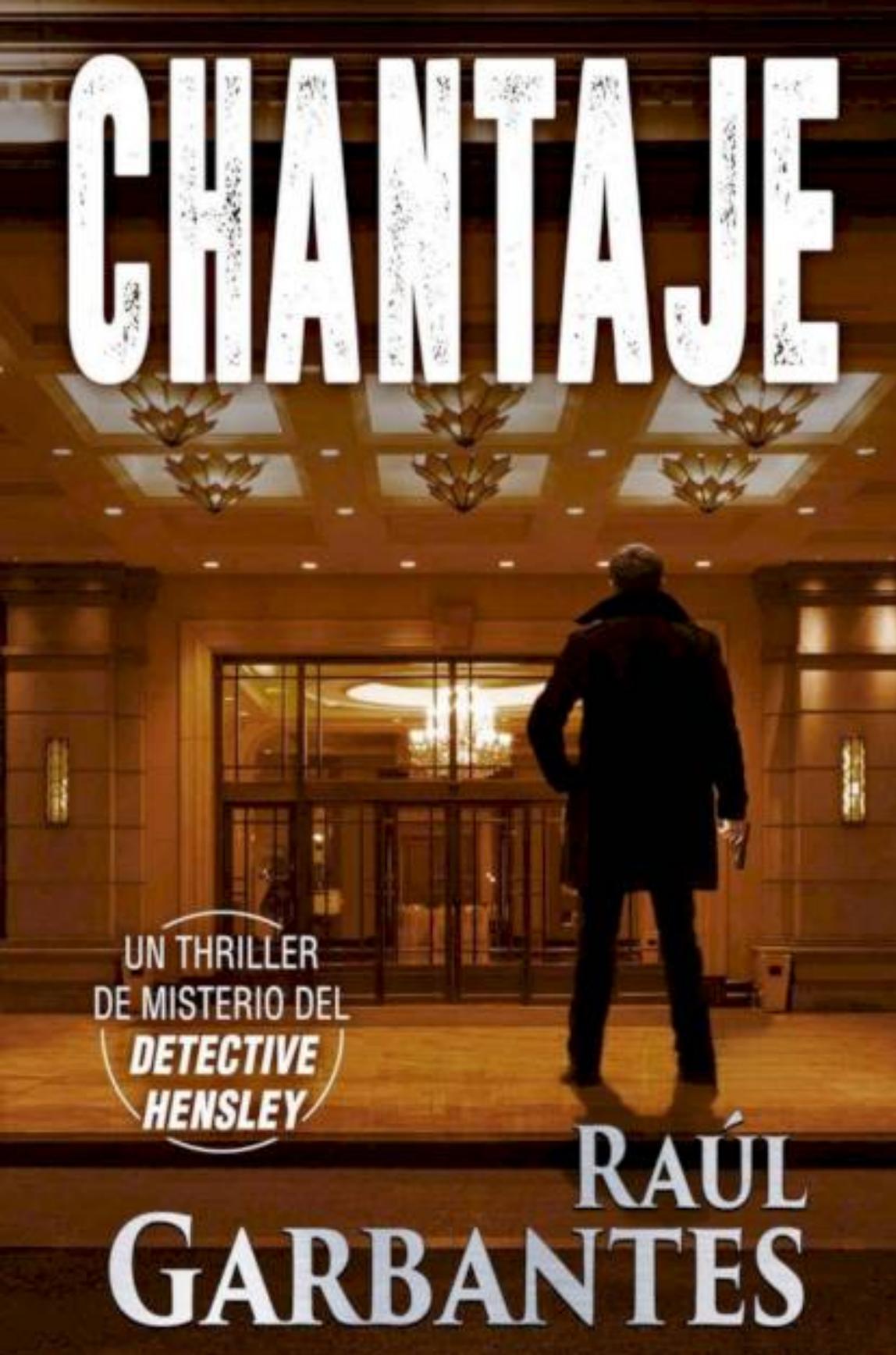


# CHANTAJE



UN THRILLER  
DE MISTERIO DEL  
**DETECTIVE  
HENSLEY**

RAÚL  
GARBANTES

Un horrendo asesinato. Una élite social presuntamente involucrada. ¿Podrá el detective Hensley atar cabos y descubrir al culpable? Barnett Harrington, el único hijo de una de las familias más poderosas de Bar Harbor, despierta en plena madrugada en el bosque junto a una joven sin vida. Aterrado, avisa a su padre, Eric Harrington, quien ideará una coartada para proteger a su hijo de cualquier sospecha. Los detectives David Hensley y Sally Lonsdale encabezarán una investigación atípica, en la que deberán descubrir la verdad acerca de lo sucedido sin provocar asperezas en el todopoderoso Eric Harrington, cuestión que el capitán Scott se encargará de hacer cumplir. Todo alcanzará un matiz dramático cuando los indicios conduzcan hasta el prestigioso club Soziale, lugar de reunión de la flor y nata del estado de Maine. ¿Qué tiene que ver el asesinato de la joven con el club Soziale?

# **CHANTAJE**

Raúl Garbantes

## Prólogo

El golpe pareció espléndido en los primeros segundos. La bola se elevó rápidamente y se convirtió en un diminuto punto negro en el cielo. Eric Harrington, no obstante, sabía que el golpe había sido una mierda. Con sus manos a modo de visera, observó cómo la bola se fue desviando cada vez más hasta caer de pleno en el lago artificial que había más allá, como si se tratara de granizo en una tormenta de verano.

—Maldita sea —murmuró Eric. Sujetaba un cigarrillo con los dientes y se apoyaba sobre el *driver* mientras observaba con frustración el lago, monumento a su deplorable partida. Los jugadores que estaban al otro lado del lago, miembros del club y que él conocía, le dedicaron palabras de ánimo envenenadas con sorna e incluso alzaron sus palos para dejar claro que habían visto el terrorífico golpe de Eric Harrington. Uno más para su colección.

El ruido de los palos le hizo saber a Eric que el *cadi* tenía dificultades para asegurar la bolsa, que parecía caerse una y otra vez sin que el hombre pudiera hacer nada por remediarlo. Eric creía recordar que lo había visto cojear al echarse a los hombros la bolsa de los palos, pero no estaba seguro del todo. Tampoco recordaba su nombre, así que prefirió tener un poco de paciencia; lo cual siempre era más sencillo si tenía un cigarrillo entre los dedos.

—¿Necesitas una mano, hijo? —preguntó Eric.

—No es necesario, señor. Lo tengo controlado —respondió el *cadi*.

Eric asintió y continuó esperando en el asiento del *buggy* mientras los palos resonaban en el silencio del hoyo 4 del campo de golf del Club Soziale. Cualquier otro miembro del club hubiera reprendido ya al cadi, sin embargo, Eric, como presidente, procuraba mostrarse magnánimo en todo momento, además de que le gustaba contemplar la belleza y el verdor de lo que consideraba como su segundo hogar. Dio una intensa calada al cigarrillo para recrearse en su placer, pero, de manera inesperada, sufrió un acceso de tos que lo hizo retorcerse en el asiento.

–Maldita sea –dijo una vez que recuperó el aliento. Justo en ese momento, el cadi pudo dominar la bolsa de los palos y se subió al vehículo junto a Eric–. Ya era hora...

El sudor, fruto del esfuerzo de toser, hizo resplandecer la tez blanquecina de Eric Harrington. Apenas se había subido el cadi en el *buggy* cuando sintió una presión punzante en las costillas, una molestia efímera cuyo origen lo había dejado al borde del infarto. El cañón oscuro de una pistola se clavaba en las costillas mientras el cadi lo miraba fijamente a los ojos.

–Vamos a hacer esto fácil, señor Harrington. De lo contrario, será su sangre la que acabe entrando en el hoyo del césped, ¿me ha comprendido?

Eric asintió moviendo la cabeza, mirando de reojo al hombre que lo estaba encañonando con una pistola.

–Eso es, señor Harrington. Disimule, mienta, deléitenos con una brillante actuación. Es algo que se le da bien, ¿verdad?

–¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? Puedo darte mil dólares ahora mismo.

El cadi rio comedidamente, tapándose la boca con la mano que tenía libre como si estuviera masticando.

–Buen intento, señor Harrington. Puede darme los mil dólares, si quiere, por su insolencia –dicho esto, el cadi se introdujo la mano en el bolsillo y sacó un diminuto papel

en el que había escrito una serie de números—. ¿Qué ve en este papel, señor Harrington?

Este observó el papel con un mal gesto.

—Un número de cuenta —contestó resignado.

—Excelente, señor Harrington. Pertenece a un banco de Atlantic City, ¿sabe? Ahí es donde usted tiene que ingresar sesenta millones de dólares.

Las manos de Eric temblaban mientras sujetaba el diminuto papel. ¿Había escuchado bien? ¿Sesenta millones?

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó con la voz entrecortada. Justo en ese momento, el cadi aumentó la presión del arma sobre las costillas de Eric y este dibujó una tímida mueca de dolor.

—Este dolor no es nada comparado con el que sufrirá su familia, señor Harrington. Recuerde, sesenta millones. Hágalo y podremos olvidarnos de todo eso.

# 1

Dos meses después del chantaje, Eric no podía tener ni una sola noche de sueño tranquilo. Le faltaba el aire. Algo, una especie de barrera infranqueable se había interpuesto entre su garganta y la boca, no permitiendo pasar ni una pizca de aire. ¿Se estaba ahogando? Maldición, sí, se estaba ahogando. Intentó respirar o abrir la boca al menos, pero todo estaba oscuro y resultaba confuso. De repente, un dolor infernal bajó por su garganta, tanto que se estremeció. Un ruido acompasado y desconcertante, como un ferrocarril antiguo, relleno el silencio y pareció traer consigo un halo de luz parpadeante. ¡Despierta!

Eric Harrington apenas tuvo tiempo de abrir los ojos antes de que la tos lo hiciera estremecerse sobre la cama. Su esposa, Anne, tratando de reencontrar la postura, se removió de un lado para otro y susurró:

–Deberías dejar de fumar.

Pero Eric no estaba de humor, la tos viene acompañada de un sudor frío y náuseas que lo dejan muy débil durante unos minutos. En esos momentos, tan solo tiene fuerza para responder con un gruñido. Sentado al borde de la cama, consigue que todo regrese a la normalidad y que todo lo que quede de esa maldita tos sea tan solo un ligero pitido saliéndole del pecho, inaudible si no es para sus oídos. Se echó otra vez sobre la cama y cerró los ojos para concentrarse en el sueño. Sin embargo, apenas le había dado tiempo a echarse las sábanas por encima cuan-

do su celular, que se encontraba en una mesita junto a la cama, comenzó a sonar.

–¡Qué demonios! –exclamó Eric, incorporándose de nuevo.

–¿Quién es, Eric?

Pero su marido contestó directamente a la llamada, resolviendo las dudas de Anne.

–¿Barnett? ¿Estás...? –dijo, pero la voz de Eric se fue diluyendo en el silencio, y si hubiera habido más luz en la habitación, su esposa habría visto cómo su rostro llegaba a expresar un horror infinito.

–¿Qué le ocurre a nuestro hijo? –preguntó Anne todavía entre sábanas, pero ligeramente preocupada.

–¡Vamos para allá! ¡No te muevas de allí! –gritó Eric. Barnett había colgado.

La tranquilidad de Anne se esfumó y, sin saber lo que estaba ocurriendo, se levantó y comenzó a vestirse con la primera prenda de calle que encontró.

–Por Dios, ¿qué ocurre, Eric?

–Barnett está en problemas. Tenemos que ir a buscarlo.

–¿Pero qué le ha sucedido? –insistió Anne con las primeras lágrimas sobre sus mejillas.

–Había salido con sus amigos, ¿no es así? Será alguna tontería de muchachos, no te preocupes –respondió, pero las palabras de calma de Eric contrastaban con su voz entrecortada y tez pálida. Estaba asustado, tal vez más que ella, pensaba Anne.

Ella se vistió mucho más rápido que su esposo y de inmediato se dirigió hacia el auto, que estaba estacionado junto a la puerta principal que daba al jardín. Mientras se dirigía hacia allí, llamaba a Barnett una y otra vez, pero tan solo respondía la desconcertante voz de la operadora diciendo –con su voz monótona, y para Anne, especialmente aterradora– que el número no estaba disponible. Tem-

blando, colgaba y volvía a llamar, proceso que repitió una decena de veces hasta que Eric por fin salió de casa.

Aún percibía el sabor de la sangre en su boca, entremezclada con su saliva, causada por otro ataque de tos que le había impedido seguir el ritmo de su mujer y lo obligó a encerrarse en el baño para no preocuparla más de lo necesario. No obstante, se había recompuesto e incluso llevaba un cigarrillo entre los dedos. Anne, que estaba en el asiento del piloto y que incluso había arrancado el motor, se dispuso a bajar para cederle el sitio a su marido.

—No perdamos más tiempo, cariño —le dijo Eric—. Conduce tú.

Anne asintió y, en cuanto su marido cerró la puerta del vehículo, pisó a fondo el pedal del acelerador.

## 2

Las ruedas del auto chirriaban en la silenciosa noche de Bar Harbor y competían con los primeros truenos de una tormenta que se cernía sobre la ciudad. Anne conducía al límite de sus habilidades y en un par de curvas estuvo a punto de perder el control del auto, aunque supo dominarlo para bien del corazón de su esposo. Eric, que fumaba un cigarrillo tras otro, le iba indicando qué dirección debía tomar. Continuaba tosiendo de vez en cuando, pero parecía que los cigarrillos tuvieran un efecto balsámico o algo parecido.

–¿A dónde nos dirigimos, Eric? –preguntó Anne.

–Al bosque. Lo más seguro es que Barnett y sus amigos hayan comprado un par de cervezas y alguno se haya hecho daño haciendo el tonto. Cosas de chicos, sin más.

Anne miró de reojo a su marido y advirtió que ni él mismo se creía sus palabras. Quiso seguir preguntando, pero decidió guardar silencio y concentrarse en la carretera. El ruido de la lluvia y los limpiaparabrisas sobre el cristal era lo único que podía escucharse entre Eric y Anne. Al cabo de unos minutos, dejaron atrás la ciudad y se internaron por una antigua carretera que conducía hacia el bosque y que estaba privada de toda luz. Los halos de claridad provocados por los focos del auto subían y bajaban debido a la bacheada carretera.

–Ve más despacio –dijo Eric al ver como Anne luchaba con el volante para controlar el auto.

–Dios mío, Dios mío –repetía Anne, una y otra vez, al imaginarse a su hijo en problemas en un lugar tan desangelado como aquel. La lluvia caía con fuerza y los relámpagos iluminaban el cielo con furia.

–¡Allí está! –gritó Eric, señalando hacia la línea de árboles que había a pocos metros de donde se encontraban y que marcaban el inicio del bosque. Sin embargo, la lluvia y la oscuridad apenas le habían dejado vislumbrar una silueta oscura, que destacaba junto a la pared blanca de una cabaña abandonada: la misma que Barnett le había mencionado a su padre en la llamada. Anne detuvo el vehículo de inmediato, dejó encendidas las luces y ambos corrieron a pie hasta esa silueta, que fue ganando forma y detalles a medida que se iban acercando. Barnett no estaba solo.

El grito de Anne resonó por encima de la lluvia, mientras que Eric, como si todas sus energías lo hubieran abandonado en ese momento, se dejó caer de rodillas sobre el barro.

–Está muerta, papá –balbuceó Barnett. En sus brazos, casi en una postura paternal, sostenía el cuerpo sin vida de una joven que presentaba graves heridas en el cuerpo y cuya sangre caía hasta el suelo para mezclarse con el agua de la lluvia–. Está muerta.

Eric consiguió reincorporarse –sin retirar la mirada de la joven– y se acercó a su hijo. Anne, superada ya la primera impresión, imitó a su marido, aunque estaba sumida en un llanto histérico y era incapaz de refrenar el temblor de sus manos, que extendía hacia Barnett y la joven como si quisiera bendecirlos y pedirles explicaciones al mismo tiempo.

–¿Qué has hecho, Barnett? –preguntó Eric con un hilo de voz.

Su hijo, sin poder retirar la mirada del cuerpo de la joven, contestó:

–Yo no... he despertado aquí y no sé...

Anne intentó hablar, pero solo dejó escapar un gemido indescifrable. Eric se agachó para ponerse a la altura de su hijo, cuyas lágrimas eran camufladas por la lluvia.

—¿Quién es esta joven, Barnett? —preguntó Eric.

—No lo sé —insistió—. Estaba con mis amigos en la ciudad y, de repente, me he despertado aquí... yo... Estaba muerta junto a mí, pero yo no... yo no...

—Está bien, está bien —dijo Eric poniendo las manos sobre el rostro de su hijo—. Te creo, ¿de acuerdo? Vamos a solucionar esto.

Eric, con una decisión que dejó helada tanto a su mujer como a su hijo, comenzó a registrar los bolsillos de la joven. Necesitaba saber de quién se trataba para que la coartada de Barnett tuviera algo de sentido. Por suerte, encontró lo que estaba buscando. Le mostró la identificación y le pidió que la memorizara, así como toda una versión de los hechos para que testificara en cuanto llegara la policía. Después, frotó la identificación sobre su camisa y la introdujo de nuevo en el bolsillo de la joven.

—Pero, Eric, eso es mentira —dijo Anne. Eric se giró hacia ella de inmediato.

—¿Crees que nuestro hijo es un asesino? ¿Lo crees, Anne? —le preguntó su marido a escasos centímetros de sus labios. Ella agachó el rostro y negó sutilmente con la cabeza. Eric la estrechó entre sus brazos y trató de consolarla en un fugaz abrazo—. ¿Recuerdas lo que te he dicho?

Barnett, que había dejado el cuerpo de la joven sobre el suelo y se había quedado sentado junto a ella, asintió.

—¿Qué dirá a la policía? —dijo Anne en un gemido.

Eric, alterado, repitió la versión que Barnett debía compartir con los agentes. Por otro lado, dejó claro que contrataría a los mejores abogados y que todo estaría solucionado en un par de semanas. Anne y Barnett asintieron y, quizás animados por la férrea voluntad de Eric, le dijeron que avisara cuanto antes a la policía. Eric sacó su celular y se acercó a un árbol para guarecerse de la lluvia. Fue en-

tonces cuando oyó el crujido de una rama a pocos metros de él, «¿habrán sido unos pasos?», pensó. Fue un ruido seco que se repitió en apenas dos o tres segundos. Se quedó mirando hacia el lugar en cuestión durante la llamada, atento al mínimo movimiento, pero no consiguió ver nada. Sin embargo, ese ruido, haciéndolo sonar en su cabeza una y otra vez, le transmitía la desconcertante sensación de que ya lo había oído en otra ocasión tan desagradable como esta.

### 3

Las luces de las sirenas incidían sobre los troncos relucientes de los árboles; destellos rojos y azules que brillaban por todos lados. Desde lejos llegaban los ladridos de la pareja de perros con los que pretendían encontrar alguna evidencia de lo ocurrido y las voces de los transistores de radio, dando o recibiendo instrucciones, habían dejado al ruido de la tormenta en un segundo plano.

Algunos agentes de policía hacían una batida por los alrededores de la escena mientras otros se centraban en la zona más cercana al cuerpo de la joven, la cual estaba tapada con una amplia tela de plástico que, se suponía, impediría que la lluvia borrara todas las pistas que pudiera haber en su cuerpo. Por último, otro par de agentes le tomaban la declaración a Barnett Harrington, que apenas podía formular dos frases seguidas debido a la impresión de lo sucedido. Su aspecto era la de un niño –más que un joven– metido en problemas.

Tras finalizar con Barnett, un enfermero de la ambulancia se lo llevó al vehículo para suministrarle un tranquilizante y cerciorarse de que el golpe que presentaba en la cabeza no era nada serio. Aprovechando ese momento, los agentes se acercaron a los Harrington, a Eric y Anne, para formularles unas preguntas.

Era el momento crucial si quería que su hijo tuviera alguna oportunidad de no verse implicado. Siguiendo el protocolo de actuación, los policías le habían tomado declaración a Barnett sin la presencia de sus padres, ya que

así podrían comprobar después si Eric o Anne contradecían las palabras de su hijo. Por lo tanto, Eric no podía saber qué les había contado Barnett a los agentes: tan solo podía confiar en que hubiera seguido sus instrucciones. Respondió a las preguntas con una mezcla de calma y congoja por lo sucedido, mientras, estaba atento a la reacción de estos, preparado para cualquier réplica que pudiera encontrar por parte de los agentes.

–Es todo lo que puedo decirles, agentes. Ya ven en qué estado se encuentra mi hijo –dijo Eric–. Solo queremos que esto se solucione cuanto antes.

Supo que todo había salido bien cuando permitió que la ambulancia se llevara a su hijo al hospital sin custodia policial y, a ellos, permitirles acompañar a Barnett. Ya subidos en el auto, mientras dejaban atrás el cuerpo sin vida de la joven, Eric no pudo evitar mirar hacia la profundidad del bosque y recordar aquel sonido que escuchó cuando se disponía a llamar a la policía.